

El golpe de Tamboor

POR PABLO RAMOS. ILUSTRACIÓN DE LUCAS AGUIRRE. FOTOS DE ARCHIVO DE LUCÍA SEGUÍ.

Tercer rescate memorioso de perlas de la discografía cordobesa. Le llegó el turno al álbum debut de una banda que en los ochenta se alejó de los cánones ochentosos para forjar una identidad propia, alejada del premoldeado de los rótulos musicales y que integraba *a gusto e piacere* folclore y jazz. Acerquémonos a un disco que hoy suena tan actual como hacer 26 años.

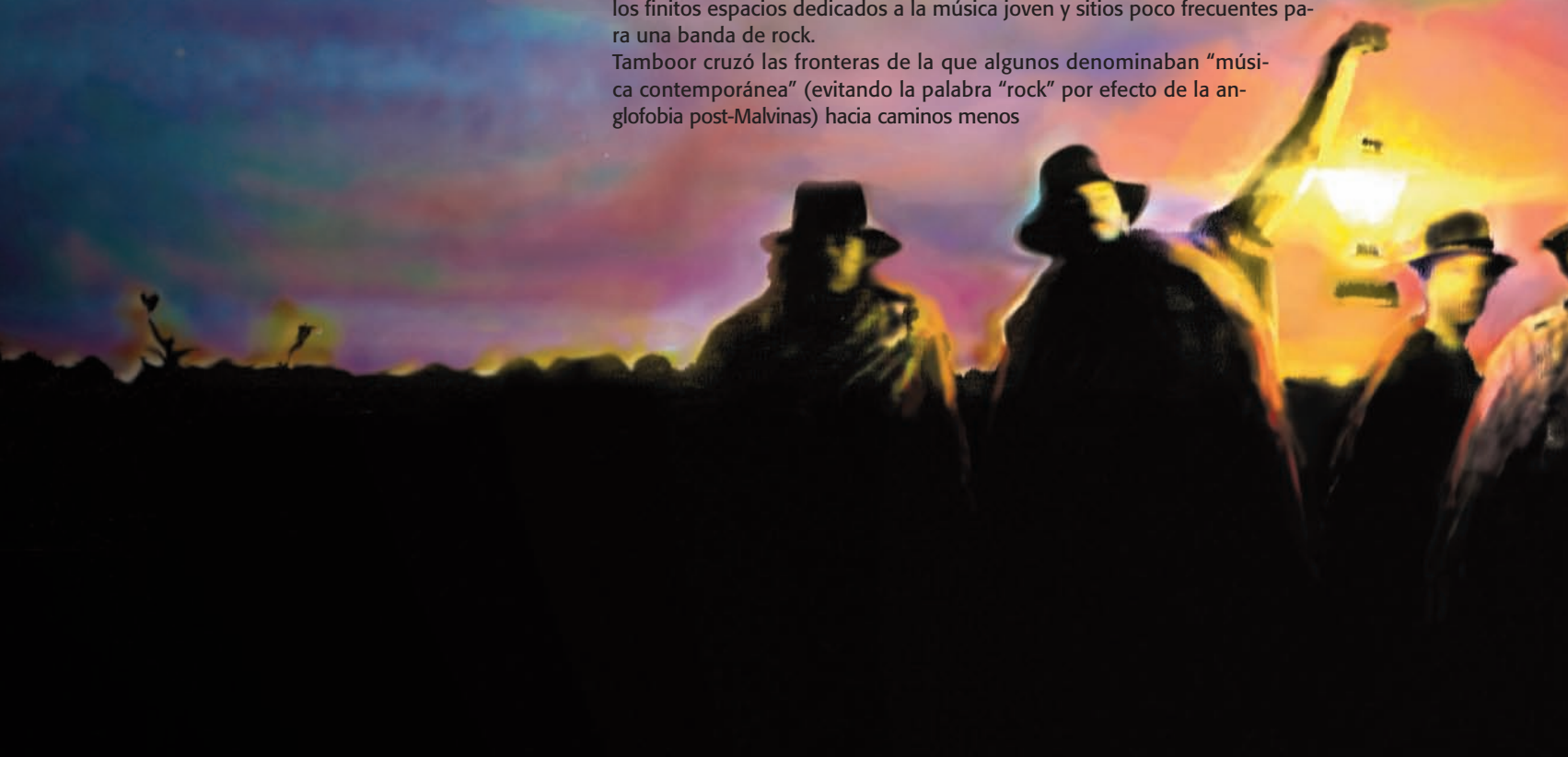
14

La sal de Mandinga todavía pica en las orejas de este periodista, que cuando era adolescente supo conseguir su pase al Chateau Rock, donde Tamboor tocó entre Sumo, los Cadillacs, los Violadores, La Sobrecarga, Spinetta y otras cabezas parlantes de un rock argentino que se reinventaba después del silencio sangriento de la dictadura. ¿Cómo entender lo que sonaba? Imposible. La música no se entiende, se siente. Lección *number one* para un pibe que despertaba al deslumbrante universo del rock.

Híbrido mutante

En los años 80, después de tocar bajo el nombre de Martín Maguceno, Tamboor anduvo, y mucho. Como el contexto, el grupo mutaba incesantemente, entre shows en los finitos espacios dedicados a la música joven y sitios poco frecuentes para una banda de rock.

Tamboor cruzó las fronteras de la que algunos denominaban "música contemporánea" (evitando la palabra "rock" por efecto de la anglofobia post-Malvinas) hacia caminos menos



previsibles. En el cielo de las referencias rockeras, a la hora de inspirar una estética, estaban todas las corrientes que venían de afuera (el dark, el punk, la new wave, el pop, el heavy metal) y algunos pocos que intentaban crear una música con identidad propia, extraída de realidades más cercanas. Spinetta había editado *Kamikaze* deselectrizando las canciones en un tono intimista. Mucho antes, Alas había coqueteado con el tango y Arco Iris y León Gieco con el folclore. La apuesta de Tamboor giró su sonido en esos sentidos.

"Me pasó en un viaje a San Juan, que nos quedamos viendo la Difunta Correa, y pasamos por un ambiente casi desértico, con algunas casitas. En un momento, veníamos fabulando que si no pasabas y dejabas algo, el auto se te paraba. Y en el medio de ese desierto, cuando no tenés nada, ¿sí tenés que parar, adonde parás, al lado de dónde? No es lo mismo parar en un lado que en otro. Partía con un fundamento estético, y los músicos lo captaron, de que todo el elemento folclórico iba a estar, pero con otra estética, desde el vamos. Y eso lo tuve claro hasta hoy. No tenía una premisa de folclore o rock. Cuando entrás en la velocidad de la emoción, ni te permite hacerlo. Salvo que tengas un peso del oficio o de la tradición. Pero el rock me sirvió para decir "andá por cualquier lado que la identidad va a salir por sí sola. En La sal de Mandinga la identidad musical salió por sí sola, sin premisas. No me plantee jamás componer una chaya, pero era evidente. Así que le dije a Braceras 'Olvidate del Fender Rhodes, de la guitarra eléctrica. Acá entra esto y percusión'. Jamás me hubiera imaginado planteármelo desde un punto de vista folclórico, pero salió así".

El que habla es Daniel Giraudo, un músico de cepa que guiaba y marcaba el paso a los demás integrantes. *"El grupo fue muy paciente conmigo, porque me lo decían o me mataban o seguían lo que en ese momento yo estaba proponiendo. Porque había una tiranía cariñosa. Es decir: no le permitía a nadie que violentara esa estética. Después de años, tengo el afecto noble de ellos. Esa misma estética despertó lo mejor que ellos tenían como músicos, todo el potencial creativo".* Por entonces, los que se aventuraron en la grabación de *La sal de Mandinga* eran:

Horacio

Ruiz Guñazú, Hugo Ordanini (de Los Músicos del Centro), Gabriel Braceras (de Mousse) y Ernesto Cuevas.

Hacer la propia

Tamboor asumió el desafío de entrar al mercado discográfico del rock argentino desde una identidad propia, como músicos cordobeses comprometidos con una definición artística y política. No resulta difícil visualizar la batalla que desde entonces (y antes aún) se viene dando en el campo de las producciones culturales entre el centralismo porteño –que pretende marcar las pautas de producción, distribución y consumo– y las manifestaciones que pujan desde el interior del país con una dinámica y una esencia diversa. La grabación y edición de *La sal de Mandinga* suponía tensionar esa relación entre los productores de la capital, sus demandas y ofertas, y lo que un grupo de rock cordobés proponía con empeñamiento. *"Sabíamos que iba a ser muy difícil meterse en un mercado que era muy competitivo. Y desde Córdoba era una locura porque nos metimos en una locura suicida. Y ese largarse, porque es muy difícil sostenerse así en el tiempo, dejó un material que ahora está en la gente. Una base ética y estética que me permite seguir componiendo como músico",* enfatiza Daniel.

En 1984, después de una larga travesía por despachos de productores porteños, Tamboor accedió a grabar en los estudios Del Cielito, en Castelar. La foto de la tapa fue tomada un atardecer en la reserva ecológica de Buenos Aires. El disco fue recibido con muy buenas críticas de la prensa rockera y canciones como "La fiesta de los buzos" o "Plaza del ángel" sonaron en distintas radios del país. Tamboor era, y sigue siendo, una banda difícil de clasificar, y en esa ambigüedad deliberada, transitó todos los escenarios posibles y rompieron la seguridades estéticas de medios y públicos. Giraudo lo explica de este modo: *"Si había pretensiones en La sal de Mandinga, era darnos el gusto de hackear toda la identidad, que es la única manera para después encontrar tu espacio creativo. Estábamos desestructurando la identidad y la forma de hablar entre nosotros. Queríamos dinamitar todo".*

Así los Tamboor podían aparecer en Canal 10 disfrazados de buzos, entrar al programa Telemanías montados en un Ford A y adornados con cacerolas, tocar en la Fiesta del Maní, en Hernando, entre maquinarias agrícolas, u organizar un concurso para que señoras de más de 50

Tamboor asumió el desafío de entrar al mercado discográfico del rock argentino desde una identidad propia, como músicos cordobeses comprometidos con una definición artística y política.

tocaran la guitarra con la banda en vivo. Y surgían anécdotas como ésta, que permanecen frescas en la memoria del líder de la banda: *"Una vez en la Plaza de la Intendencia, para hacer el tema 'El duende del barrio', lo llamamos a Alberto Scruglia, un afilador que tocaba y te volvía loco. El tipo tenía la bicicleta con una polea y zapaba con la flautita. Lo fui a ver a la casa para invitarlo a tocar. Y apareció con toda la familia, de punta en blanco. Cuando se escuchó por el monitoreo, a 2.000 watts, con toda la banda por detrás, el tipo alucinó".*

Más allá del ego

Pero Tamboor fue una banda original en algo más que la experimentación sonora y la puesta en escena. Las letras de sus canciones obviaban los lugares comunes del momento: Malvinas, dictadura, democracia, juventud rebelde, etcétera. La dimensión poética de sus composiciones estaba atravesada por un tono autobiográfico que mantiene a esas obras sin fecha de



Clásico único y vigente

La sal de Mandinga pudo haber marcado el inicio de una movida con epicentro en nuestra ciudad. Moviada que comenzó a tomar fuerza en los boliches La Nueva Trova, Tonos y Toneles, El Carillón y en los festivales Córdoba Rock, principalmente. *Córdoba Va*, de Posdata, siguió el mismo camino. Pero todo llegó hasta allí nomás. ¿Por qué La Legión no fue de la partida editando su LP? Quizás algunos de sus integrantes –Felo Noya, Minino Garay y Lalo Moreno– tengan la respuesta... El disco que Tamboor grabó y editó en

1984 dejó sentada la gran capacidad compositiva de Giraudo. Poesía urbana y paisajes rurales con aires de jazz-rock, trova y folclore le dieron un estilo único. Y a los excelentes músicos que integraban la banda se sumó Gustavo Gauvry desde la consola de unos de los mejores estudios de grabación del país.

Veinticinco años después, el primer disco de Tamboor no suena añejo. Al igual que toda la obra de Spinetta, por ejemplo, mantiene su vigencia. Y no es casual relacionar a estos dos artistas.

"La sal de Mandinga" y "Luna de los juncos", canciones con sonidos de fusión, "Plaza del angel" con el chelo ejecutado

por Giraudo y "La fiesta de los buzos" son temas muy pedidos aún en ciertas radios de Córdoba.

Alimentando mi vicio de melómano incurable, hace varios años compré el vinilo cerca del Obelisco porteño. Hoy llevo hechas varias digitalizaciones para satisfacer pedidos casi desesperados de poder escuchar ese material que aún permanece inédito en CD. *Córdoba Va* tuvo una reedición en ese formato en 1995, aunque fue bastante poco difundida; ¿no le habrá llegado el turno a este otro clásico de la música argentina?

Martín Carrizo
Editor cordoba.rock.com.ar

Tamboor circa 1986



Halac, Cuevas, Ordanini y Giraudo



vencimiento. Así lo piensa Giraudo: *"Confío en mi poesía como un dato autobiográfico, pero llevado a tal extremo que pase por todos los estamentos psicológicos y que no quede en mí. Porque eso no le importa a nadie. Lo que pretendo es ver traspasada mi personalidad. Y de golpe te encontrás en una Plaza del Ángel o en una Salina. Pero va a suceder cuando mi sentimiento llegue a tal trabajo de pasar mis circunstancias de vida. Yo eso se lo decía a Horacio Sosa: 'no le tengas miedo a lo autobiográfico como una cosa egoísta. Primero pasé por tu emoción y llegué a tal punto que se te abra un hueco por la espalda y te encuentres en una plaza con dos viejas abanicándose con unos folletos, dos pibes pateando una latita de coca cola y un güaso bajando una media res. Y ahí se para todo. Esa es una autobiografía, que puede llegar a tocarte y comunicarnos en un plano de vida independiente a las circunstancias personales'"*.

Escucho *La sal de Mandinga*. Vuelvo a reencontrarme con el sabor que late en un puñado de canciones, de aires sensibles y poesía íntima. Imposible no viajar, palpar el espacio que mueve los cuerpos, en una noche cerrada y profunda. Percibo a lo lejos la calidez de un sol de noche, sobre el agüita, la luna de los juncos, un pueblo amarillo, el lancero, el Pozo de las Luces, la Plaza del Ángel, Radio Lontha, triunfar inmóvil...

Tercero inconcluso

En el 86, Tamboor editó *El vigía*, manteniendo su apuesta musical aunque con el cambio de algunos integrantes: ingresaron Fernando Huergo y José Halac. Y a principios de los 90 la banda proyectó un nuevo disco: *El diente del esquimal*. Compusieron las canciones y llegaron a grabarlas en forma independiente. Pero las puertas del mercado discográfico se cerraron con la hiperinflación y el carnaval menemista. Daniel Giraudo emigró a España y regresó en el 2001 para un histórico recital en el auditorio de Radio Nacional. Ese disco inédito espera aún la oportunidad de ser descubierto. Por ahora, Giraudo sigue mezclándolo e intentando gestionar una forma de distribución alternativa, entre sus estadias temporales en Villa General Belgrano y España. El golpe de Tamboor, latente y vigía, resuena como sal de Mandinga. 🎧

Un don que se va y vuelve

El vocablo "tambor" designa la cosa y su sonido; es una onomatopeya, claro. Pero Daniel Giraudo, no conforme con eso, prolongó el sonido de la "o" y así también cambió el ritmo de la palabra. Tamboor le puso al grupo. Y todos nos preguntábamos por qué lo habría hecho. Todo nos parecía desopilante y novedoso, aunque muchos encontraban parecidos con un referente del rock nacional, en vez de ponerse cómodos en el disfrute de las diferencias, que eran muchas. Porque había algo que era propio, fuerte y primitivo... como un tambor.

Me tocó en suerte compartir esos tiempos de euforias de restauración democrática y catarsis expresivas, después de la noche dictatorial. Además de los escenarios y la compañía discográfica, RCA —los Posdata acabábamos de grabar *Córdoba Va—*, con Tamboor compartimos una especie de selección de músicos cordobeses: la ficha técnica de *La sal de Mandinga* lucía los mismos instrumentistas que habían participado en la grabación de nuestro álbum. Pero mientras nosotros hablábamos —a través de las canciones de Francisco Heredia y de las propias— de peatonales y de aguas de la Cañada, del rostro de un futuro sin lágrima en sus ojos, de miedos compartidos y sueños que querían resucitar, Daniel nos contaba de mitos del norte como el Mandinga y la Salamanca en la soledad de las salinas; de juncos, lagunas y esteros de un litoral donde levantaba el vuelo una garza blanca y lloraba la chicharra; de un Pueblo Amarillo ("...siempre que me pidieron agua/yo les conté la historia del río..."); de la Plaza del Ángel ("...la brisa que anda/ bajo las plantas/ sé que me está quemando un ala..."), o de la fiesta de los buzos que buscan la profundidad en el fondo del mar mientras esquivan las calamidades del mundo. Y todo a través de refinadas texturas que alternaban partes instrumentales y cantadas, sosteniendo el interés, alternándose de tema en tema las guitarras españolas y las eléctricas, con climas camarísticos o baterías bien rockeras y solos percusivos que ganaban el plano. Hace pocos años tuve el honor de compartir un concierto con Daniel, en uno de sus retornos a esta ciudad que es suya. Celebro la posibilidad de volver a verlo y de acceder a ese universo que seguramente albergará nuevas criaturas nacidas de su don compositivo.

Horacio Sosa
Músico